

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA. DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Se convoca á los señores Académicos para la sesión ordinaria que tendrá lugar el próximo domingo, día 6 de los corrientes, á las diez de la mañana, y en la que continuará la discusión pendiente sobre los elogios tributados al Quijote de Cervantes.

El Presidente,
RAFAEL MARSÁ DRAPER.

El Secretario,
JUAN BURGADA JULIÁ.

Barcelona 2 de Enero de 1894.

CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII

SOBRE

EL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA

(Conclusión)

Es, pues, necesario á los profesores de la Sagrada Escritura, y conviene á los teólogos, conocer las lenguas en las que los Libros canónicos fueron primeramente escritos por los autores sagrados; sería también excelente que los seminaristas cultivasen dichas lenguas, sobre todo aquellos que están destinados á los grados académicos de la Teología.

Debe también tenerse especial cuidado en establecer en todos los Seminarios y Academias, como ya se ha hecho con razón en muchos de ellos, cátedras donde se enseñen las lenguas antiguas, sobre todo las semíticas, y sus relaciones con la ciencia. Estos cursos se dedicarán especialmente á los jóvenes llamados al estudio de las Sagradas Letras.

Importa también, por la misma razón, que los susodichos profesores de Sagrada Escritura se hallen instruidos y ejercitados en la ciencia de la verdadera crítica; desgraciadamente, y con gran daño para la Religión, ha aparecido un sistema que se adorna con el nombre respetable de «alta crítica,» cuyos discípulos afirman que el origen, la integridad y la autoridad de todo libro, nacen solamente, como ellos dicen, de sus carac-

teres intrínsecos. Por el contrario, es evidente que cuando se trata de una cuestión histórica, del origen y conservación de una obra cualquiera, los testimonios históricos tienen más valor que todos los demás, y son, por lo tanto, los que es necesario buscar y examinar con más cuidado.

En cuanto á los caracteres intrínsecos, éstos son, la mayoría de las veces, de mucha menos importancia; de tal suerte, que no pueden ser invocados para confirmar la tesis. De obrar de otro modo resultan graves inconvenientes.

Por eso los enemigos de la Religión tienen en ellos más confianza para atacar y batir en brecha la autenticidad de los Libros Santos; este género de «alta crítica» que hoy se exalta, conducirá en definitiva al resultado de que cada uno en la interpretación se atenga á sus gustos y á sus prejuicios. De este modo, la luz, basada en las Escrituras, no se hará, y ninguna ventaja reportará para la ciencia; pero se manifestará con evidencia este carácter del error, que consiste en la diversidad y disentiimiento de las opiniones. La conducta de los jefes de esta nueva ciencia lo está ya demostrando.

Además, como la mayor parte de ellos están imbuídos en las máximas de una vana filosofía y del racionalismo, no temerán descartar de los Sagrados Libros las profecías, los milagros y todos los demás hechos que traspasen el orden natural.

El intérprete deberá luchar, además, contra los que, engañados por sus conocimientos en las ciencias físicas, siguen paso á paso á los autores sagrados, á fin de poder oponer la ignorancia en que éstos están de tales materias, y rebajar con este motivo sus escritos.

Como estos ataques versan sobre objetos sensibles, son tanto más peligrosos cuanto son los que más se extienden entre las muchedumbres, y, sobre todo, entre la juventud estudiosa; pues desde el momento en que ésta haya perdido acerca de algún punto el respeto que merece la revelación divina, su fe, respecto de los demás, no tardará en desvanecerse.

Es también evidente que las ciencias naturales sirven para manifestar la gloria del Criador, grabadas en los objetos terrestres, con tal de que sean convenientemente enseñadas, y que asimismo son capaces de arrancar de los entendimientos los principios de una sana filosofía, y de corromper las costumbres, cuando dichas ciencias se inculcan entre la juventud con perversas intenciones.

Igualmente el conocimiento de los hechos naturales será un eficaz auxilio para quien enseñe la Sagrada Escritura; pues gracias á dicho conocimiento, podrá más fácilmente descubrir y refutar los sofismas de todas clases que se dirigen contra los Libros Santos.

Ningún desacuerdo real puede ciertamente existir entre la Teología y la Física, con tal de que ambas se mantengan en sus respectivos límites. Tengan todos cuidado, según la expresión de San Agustín «en, no afirmar nada al azar, ni tomar lo desconocido por lo conocido.»

Si, no obstante esto, las mencionadas ciencias se hallan en contradicción sobre un punto cualquiera, ¿qué debe hacer el teólogo? Seguir

la regla sumariamente expuesta por el mismo Doctor: «En todo aquello que nuestros adversarios puedan demostrarnos acerca de la Naturaleza, apoyándose sobre verdaderas pruebas, demostrémosles á nuestra vez que nada hay en ellas contrario á estos hechos en nuestras Santas Escrituras. Pero acerca de lo que ellos deduzcan de algunos de sus libros, y que presentan en contradicción con las Sagradas Letras, es decir, con la fe católica, probémosles que se trata de hipótesis, ó que no dudamos, en modo alguno, de la falsedad de sus afirmaciones.» (*De gen. ad lit.*)

Para penetrarnos bien de la exactitud de esta regla, consideremos, desde luego, que los escritores sagrados, ó más exactamente, «el espíritu de Dios, que habló por su boca, no ha querido enseñar á los hombres las verdades que conciernen á la constitución íntima de los objetos visibles, porque ellas no debían servirles de nada para su salvación.» Por esto dichos autores, sin dedicarse á observar detenidamente los fenómenos de la Naturaleza, describen á veces los objetos y hablan de ellos en sentido metafórico, ó como lo exigía el lenguaje usado en aquella época, y aún actualmente, acerca de muchos puntos, en la vida ordinaria, aún por los hombres más sabios.

En el lenguaje vulgar se designan, desde luego, y con su nombre propio, los objetos que caen bajo el dominio de los sentidos; el escritor sagrado (y el doctor San Agustín nos lo advierte) se ha atendido á los caracteres sensibles, esto es, á los que Dios mismo, dirigiéndose á los hombres, ha indicado, siguiendo la costumbre de los hombres y para ser comprendido por ellos.

Pero de que sea necesario defender vigorosamente á la Sagrada Escritura, no se ha de deducir que sea también preciso conservar igualmente todos los significados que cada uno de los Padres ó de los intérpretes hayan empleado para explicar las Sagradas Letras. Dichos escritores, dadas las opiniones corrientes en sus tiempos, quizás no hayan siempre juzgado con arreglo á la verdad, hasta el punto de no omitir ciertos principios que hoy no se hallan demostrados.

Es preciso, por lo tanto, distinguir con cuidado en sus explicaciones lo que ellos sostienen como concerniente á la fe ó relacionado con ella, y lo que afirman como resultado de un común acuerdo.

En efecto; en lo que no pertenece á la esencia de la fe, los Santos han podido tener diversidad de opiniones lo mismo que nosotros; tal es la doctrina de Santo Tomás.

Este, en otro pasaje, se expresa con gran sabiduría en estos términos: «Para lo que concierne á las opiniones que los filósofos han comúnmente profesado, y que no son contrarias á nuestra fe, me parece que es más seguro no afirmarlas como dogmas, aunque á veces se empleen en la argumentación, en nombre de dichos filósofos, y no clasificarlas como contrarias á la fe, á fin de no dar á los sabios del mundo ocasión para despreciar nuestra doctrina.»

Pero si el intérprete debe probar que no existe contradicción entre la Escritura bien explicada y las verdades que los que estudian las ciencias físicas dan como ciertas y apoyadas en firmes argumentos, no debe

olvidar tampoco que á veces algunas de esas verdades, afirmadas como ciertas, han sido inmediatamente puestas en duda y refutadas. Además, si los escritores que tratan de los hechos físicos, traspasando los límites puestos á las ciencias en que se ocupan, avanzan sobre el terreno de la filosofía, emitiendo opiniones nocivas, el teólogo puede apelar á los filósofos para refutarlas.

Nós queremos aplicar ahora esta doctrina á las ciencias del mismo género, y especialmente á la Historia; pues causa verdadera aflicción ver cómo muchos hombres que estudian á fondo los monumentos de la antigüedad y las costumbres é instituciones de los pueblos, emprendiendo á este fin grandes trabajos, tienen con frecuencia por fin de sus trabajos encontrar errores en los Libros Santos, para amenguar y quebrantar por completo la autoridad de las Escrituras.

Algunos obran así por impulsos verdaderamente hostiles, y juzgan de una manera que carecen de imparcialidad. Tienen ellos tanta confianza en los libros profanos y en los documentos del pasado que invocan, como si en ellos no pudiera haber la menor sospecha de error, que niegan todo crédito á los Libros Santos á la menor y más vana apariencia de inexactitud, y esto sin admitir ninguna discusión.

Realmente puede ocurrir que ciertos pasajes de dichos Libros, en la impresión de sus diversas ediciones, no se encuentren reproducidos de una manera absolutamente exacta. Pero este caso debe examinarse con cuidado y no debe admitirse fácilmente, salvo en los puntos en que el hecho aparezca convenientemente demostrado.

Puede ocurrir también que el sentido de algunas frases aparezca dudoso; para determinarlo, servirán de poderoso auxilio las reglas de la interpretación; pero sería á todas luces funesto limitar la inspiración á ciertos pasajes de la Escritura, ó conceder que el autor sagrado se había engañado en otros.

No se puede, por lo tanto tolerar el método de aquellos que, para desembarazarse de estas dificultades, no vacilan en conceder que la inspiración divina sólo se extiende á las verdades de fe y costumbres, y á nada más. Piensan, pues, erróneamente los que, cuando se trata de la verdad de los pareceres, creen que no es preciso buscar sobre todo lo que ha dicho Dios, sino examinar más bien el motivo por el qué El ha hablado así.

Todos los libros completos que la Iglesia ha recibido como sagrados y canónicos, en todas sus partes han sido escritos bajo el dictado del Espíritu Santo. Y tanto es necesario que ningún error pueda unirse á la inspiración divina, cuanto que no solamente ésta, por sí misma, excluye todo error, sino que lo excluye y repugna tan necesariamente, como necesariamente Dios, soberana Verdad, no puede ser el autor de error alguno.

Tal es la antigua y constante creencia de la Iglesia, definida solemnemente por los Concilios de Florencia y de Trento, confirmada después y más expresamente expuesta en el Concilio del Vaticano, que ha dictado este decreto absoluto: «Los libros enteros del Antiguo y Nuevo

Testamento, en todas sus partes, tales y como han sido enumerados por el decreto del mismo Concilio de Trento, y tales como se hallan contenidos en la antigua edición Vulgata en latín, deben ser mirados como sagrados y canónicos. La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque escritos por la humana ciencia solamente hayan sido después aprobados por la Iglesia, ni tampoco por las verdades que encierran, sino porque escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen á Dios por autor.»

No debe, por lo tanto, tomarse apenas en cuenta que el Espíritu Santo se haya servido de los hombres como de instrumentos para escribir, y como si alguna opinión falsa pudiera ser emitida, no por el primitivo autor, sino por los escritores inspirados. Pues es evidente que El mismo, por su virtud, les ha impulsado á escribir, El mismo les ha asistido mientras escribían; de tal suerte, que ellos concebían exactamente lo que querían reproducir fielmente, y expresaban con verdad infalible todo lo que se les ordenaba, y solamente lo que se les ordenaba escribir.

Tal ha sido siempre la opinión de los Santos Padres. «Es así, dice San Agustín, que éstos han escrito lo que el Espíritu Santo les ha enseñado y ordenado escribir; luego no se puede decir que El mismo no lo haya escrito; aquéllos, como miembros, han puesto en ejecución lo que la cabeza les dictaba.» (*De Cons. Evang.*) San Gregorio el Grande se expresa en estos términos:

«Es notoriamente superfluo buscar quién ha escrito esos Libros, toda vez que se cree firmemente que su autor es el Espíritu Santo. Quien ha dictado lo que era preciso escribir, es, en realidad, quien ha escrito, y ha escrito quien ha inspirado la obra.»

De aquí se sigue, que aquellos que piensan que en los pasajes auténticos de los Libros Santos puede encerrarse alguna idea falsa, pervierten, seguramente, la doctrina católica, ó hacen de Dios mismo el autor de un error. Todos los Padres y todos los Doctores han estado tan firmemente persuadidos de que las Sagradas Letras, tal como nos han sido entregadas por los escritores sagrados, se hallan exentas de todo error; que todos ellos se han dedicado con grande ingenio y religiosidad á concordar entre sí los numerosos pasajes que parecen ofrecer alguna contradicción ó divergencia. (Y estos son casi los mismos que, en nombre de la ciencia moderna, se nos opone hoy día.)

Todos los doctores, sin excepción, creen que estos libros, en su conjunto y en su esencia, son igualmente de inspiración divina, que Dios mismo ha hablado por medio de los autores sagrados, y que nada ha podido declarar opuesto á la verdad.

Débense aplicar aquí, de una manera general, las palabras que el mismo San Agustín escribía á San Jerónimo: «Yo lo confieso, en efecto, á tu caridad; he aprendido á conceder á los libros de las Escrituras, que se llaman canónicos, la reverencia y el honor de creer firmísimamente que ninguno de sus autores ha podido cometer un error al escribirlos. Y si encontrase en estas Sagradas Letras algún pasaje que

me pareciera contrario á la verdad, no dudaría en afirmar, ó que el manuscrito era defectuoso, ó que el intérprete no ha seguido con exactitud el texto, ó que yo no lo comprendo bien »

Pero luchar plena y perfectamente por medio de las ciencias más importantes para confirmar la santidad de la Biblia es mucho más, ciertamente, de lo que es justo esperar de la sola erudición de los teólogos. Es, pues, de desear que se propongan el mismo objeto y se esfuercen por alcanzarlo los católicos que hayan adquirido alguna autoridad en las ciencias extrañas. Si la gloria que dan tales talentos no ha faltado jamás á la Iglesia, gracias á un especial favor de Dios, tampoco puede decirse que le falte al presente. ¡Quiera Dios que esta gloria vaya siempre en aumento para la defensa de la fe!

Creemos de la mayor importancia que la verdad encuentre sólidos y numerosos defensores; pues nada es tan á propósito para persuadir á las muchedumbres á que la acepten, como el ver á hombres distinguidos en cualquiera ciencia adherirse á ella libre y espontáneamente.

Además, el odio de nuestros enemigos se desvanecerá fácilmente, ó por lo menos éstos no se atreverán á afirmar con tanta arrogancia como lo hacen, que la fe es enemiga de la ciencia, cuando vean á hombres doctos tributar á esta fe el más grande honor al manifestar hacia ella un vivo respeto.

Y toda vez que tanto bien pueden hacer por la Religión aquellos á quien la Providencia ha dado un gran talento y la gracia de profesar la fe católica, es preciso que, en medio de esta lucha violenta á que dan ocasión las ciencias que se relacionan de algún modo con la fe, escoga cada uno de ellos un conjunto de estudios apropiado á su inteligencia, se aplique á sobresalir en él, y así rechace con fruto los ataques dirigidos por una ciencia impía contra la Sagrada Escritura.

Grato Nos es alabar aquí la conducta de algunos católicos que, con el fin de que los sabios puedan entregarse á dichos estudios y hacerlos progresar, les proporcionan toda clase de auxilios, formando Asociaciones á las que dan generosamente considerables sumas.

Este es un empleo de la fortuna, de todo punto excelente y bien aplicado á las necesidades de la época: pues mientras menos deban esperar los católicos los auxilios del Estado para sus estudios y más conviene que la liberalidad privada se muestre pronta y abundante, más importa que aquellos á quien Dios ha dado riquezas, las empleen en la conservación del tesoro de la verdad revelada.

Mas, á fin de que esos trabajos sean verdaderamente provechosos para las ciencias bíblicas, deben los hombres doctos apoyarse en los principios que Nós hemos señalado anteriormente. Deben aquéllos retener fielmente que Dios, creador y dueño de todas las cosas, es, al mismo tiempo, el autor de las Escrituras; y que nada puede encontrarse en la Naturaleza ni entre los monumentos de la Historia que se halle realmente en desacuerdo con aquéllas.

Si á primera vista parece existir en ellas alguna contradicción sobre un punto determinado, es preciso que se dediquen á hacerla desapare-

cer, bien acudiendo al prudente juicio de los teólogos y de los intérpretes, para declarar lo que hay de verdadero y de verosímil en el pasaje objeto de discusión, ó bien pesando con cuidado los argumentos que se le opongan.

No se debe ceder un palmo de terreno, aun cuando exista alguna apariencia de verdad en la opinión contraria; porque si se tiene en cuenta que lo verdadero no puede en ninguna ocasión hallarse en contradicción con lo verdadero, se puede estar cierto de que algún error se ha deslizado, bien en la interpretación ó en alguno de los puntos de la discusión. Si no obstante esto, no se advirtiera con bastante claridad alguna de estas dos faltas, es preciso esperar antes de definir el sentido del texto.

Numerosas objeciones, en efecto, tomadas de todas las ciencias, se han levantado durante largo tiempo y en conjunto contra las Escrituras; pero después han quedado desvanecidas y sin ningún valor.

Del mismo modo en el curso de la interpretación, numerosas explicaciones han sido propuestas con motivo de ciertos pasajes de las Escrituras que no se refieren ni á la Fe ni á las costumbres, y que un profundo estudio ha permitido después comprender de un modo más exacto y más claro. En efecto; el tiempo destruye las opiniones y las invenciones modernas; pero la verdad siempre permanece.

Y como nadie puede, con razón, alabarse de comprender toda la Escritura, respecto de la que San Agustín, lo confesaba él mismo, «ignora más que sabía,» cuando alguno encuentre un pasaje demasiado difícil para poderlo explicar, tenga la prudencia y la paciencia pedidas por el mismo doctor:—«Vale más —dice éste— hallarse lleno de signos ignorados, pero útiles, que llenar su cabeza, interpretándolos inútilmente, de un cúmulo de errores, después de haberla sustraído al yugo de la sumisión.»

Si Nuestros consejos y Nuestras órdenes son seguidas honrada y prudentemente por los hombres que se dedican á estos estudios subsidiarios; si en sus escritos, en sus enseñanzas y en sus trabajos, se proponen refutar los errores de los enemigos de la verdad y evitar la pérdida de la fe, entre la juventud, entonces podrán regocijarse de servir verdaderamente al interés de las Sagradas Letras y de prestar á la Religión católica un apoyo tal y cual la Iglesia lo espera con pleno derecho de la piedad y de la ciencia de sus hijos.

He aquí, Venerables Hermanos, las advertencias y los preceptos que, inspirado por Dios, hemos resuelto daros en esta ocasión, respecto del estudio de la Sagrada Escritura. A vosotros toca ahora velar porque aquéllos sean observados con el respeto que conviene, de tal suerte, que el agradecimiento debido á Dios, por haber comunicado al género humano las palabras de su sabiduría, se manifieste más de día en día y de tal modo, que también este estudio produzca los abundantes frutos que Nós deseamos, sobre todo en provecho de la juventud destinada al sagrado ministerio, que es objeto de Nuestros más vivos cuidados y la esperanza de la Iglesia.

Emplead también con ardor vuestra autoridad y multiplicad vuestras exhortaciones, á fin de que estos estudios se hagan con aprovechamiento y prosperen en los Seminarios y Universidades que dependen de vuestra jurisdicción. Que florezcan en ellos con pureza y de un modo satisfactorio, bajo la dirección de la Iglesia y siguiendo las saludables enseñanzas y los ejemplos de los Santos Padres, según la tradición de nuestros antepasados; que ellos hagan en el curso de los tiempos tales progresos, que sean verdaderamente el sostén y la gloria de la verdad católica y un don divino para la salvación eterna de los pueblos.

Nós advertimos, por último, y con paternal amor, á todos los discípulos y á todos los Ministros de la Iglesia, que cultiven las Sagradas Letras con un respeto y una piedad vivísimos. Su inteligencia, en efecto, no puede iluminarse de un modo saludable, según importa, si ellos no apartan de sí la arrogancia de la ciencia mundana, y si no emprenden con ardor el estudio de «esta sabiduría, que viene de lo alto.» Una vez iniciados en esta ciencia, iluminados y fortalecidos por ella, su entendimiento tendrá un poder sorprendente aún para reconocer y evitar los errores de la humana ciencia, recoger sus sólidos frutos y referirlos á los intereses eternos.

El alma también se encaminará así con más ardor hacia las ventajas de la virtud, y será más vivamente abrasada en el amor divino. «Félices aquellos que escudriñan sus pensamientos y que los buscan con todo su corazón»

Y ahora, fundándonos en la esperanza del favor divino, y lleno de confianza en vuestro celo pastoral, Nós concedemos con gran satisfacción en Dios, como prenda de los favores celestiales, y en testimonio de nuestra particular benevolencia, la Bendición Apóstólica, á todos vosotros, á todo el Clero y al pueblo confiado á vuestros cuidados.

Dado en Roma cerca de San Pedro, el día 18 de Noviembre de 1893, año décimo sexto de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA

LA UNION DE LOS CATÓLICOS

Al parecer, debemos los españoles renunciar por completo á ver establecida en nuestra patria la unión de los católicos, tantas veces y con tanta eficacia por León XIII recomendada. No hay sino leer los cuatro Diarios católicos que en Madrid se publican, para persuadirse de que á pesar de las amonestaciones del Pontífice Romano y de las resoluciones adoptadas por los Congresos católicos, nada de provecho se ha logrado en orden á la unificación de las fuerzas católicas para la defensa de los intereses religiosos. *El Siglo Futuro*, *La Unión Católica*, *El Correo Español* y *El Movimiento Católico*, están estos días contendiendo acerca de cuál de ellos sirve mejor los intereses de la Iglesia, y

excusado es decir que cada uno se jacta de merecer la preferencia y de hallarse sobre terreno más firme y seguro. Al decir de «El Siglo Futuro», la única campaña de resultados positivos, que hoy puede hacerse en favor del Catolicismo, es la de los valientes que defienden la tesis católica en toda su integridad, y no quieren aproximarse á la legalidad vigente, ni entrar en relaciones con los poderes constituidos, por no contaminarse con la lepra del liberalismo, que tiene inficionados todos los resortes del organismo político moderno; «El Correo Español», entiendo que todos los males de la religión y de la patria quedarían remediados con que los españoles restauraran la antigua monarquía, reconocieran por su Rey á D. Carlos y acabaran con el parlamentarismo y el régimen constitucional introducido por los liberales; la «Unión Católica», teniendo por imposible é insostenible esa restauración monárquica suspirada por los carlistas, y creyendo del todo utópica aquella integridad inmaculada predicada por «El Siglo Futuro», juzga más práctico constituirse, como el Papa lo aconseja á los católicos franceses, dentro de la legalidad establecida, no para sancionar lo malo que en ella se encuentra, sino para trabajar con más efectividad en su mejoramiento. Pero el «Movimiento Católico», que hasta ahora se había mostrado indiferente á los programas de acción católicopolítica, alentado con la cooperación de los ex-integristas Campiñón, Ortí y Lara y Ribas y de algún silvelista disidente, preséntase en la arena política, lanza en ristre y con la visera levantada, pretextando que ni integristas, ni carlistas, ni unionistas hacen cosa de provecho en materia religiosa, y que él será en adelante quien en España represente con fidelidad el pensamiento del Papa y el ideal del Episcopado.

Ciertamente que la discusión entablada entre los Diarios católicos no ha presentado aquellos tonos de animosidad y de agresiones personales, que tanto predominaron en las luchas antes libradas entre integristas y carlistas, y entre éstos y los unionistas; pero así y todo, integristas, carlistas y unionistas conservan sus antiguas posiciones, y ningún indicio deja entrever la posibilidad de un aproximamiento. Y para mayor desgracia aún de la causa católica, levántase á deshora EL MOVIMIENTO CATÓLICO, y sentados sus reales frente á frente de los antiguos partidos católicos, reclama la primacía y el puesto de honor en la lucha contra los enemigos de la Iglesia, alegando hallarse en mejores condiciones para obtener la victoria á que todos aspiran. O mucho nos engañamos, ó la lucha no se dará contra los enemigos de la Iglesia, sino entre las fuerzas que han jurado defenderla. ¿Y de quién será la responsabilidad? Téngase presente que años hace que viven consagrados á la propaganda católicopolítica, bien que con programas distintos, y hasta en algunos puntos opuestos, los hombres de *El Siglo Futuro*, los de *La Unión*

Católica y los de *El Correo Español*; y que gracias á las exhortaciones de Roma y á la acción pacificadora de los Congresos católicos, reinaba entre ellos una tregua que había acabado con el escándalo de las antiguas discordias; y que sale ahora EL MOVIMIENTO CATÓLICO, echándoles en cara la inutilidad de sus trabajos y lo defectuoso de la causa que defienden, invitándoles á abandonar sus antiguas posiciones, aquellas posiciones que defendieron con tanto denuedo y hasta con reprehensible encarnizamiento, y conjurándoles á que se resignen á ser cuerpos auxiliares de la hueste con que él entra en campaña. ¿Y qué antecedentes abonan al MOVIMIENTO CATÓLICO, para reclamar la dirección suprema de las fuerzas católicas?

Precisamente los hombres que recientemente han llamado á la puerta de el «Movimiento Católico,» proceden de los campos integrista, carlista y unionista, donde no pudieron vivir en paz y armonía con los jefes que allí aún permanecen. ¡Y se quiere que estos jefes se resignen á militar bajo las órdenes de sus antiguos súbditos, constituidos por ensalmo y con propia autoridad en superiores supremos! ¿Dónde han ganado ese puesto de honor que reclaman? ¿Quién les ha dado esa jefatura que se arrogan? ¿Cómo demuestran que el partido que intentan organizar es el único que puede defender los intereses de la Iglesia?

Para formar concepto ajustado acerca de los intentos abrigados por los hombres de «El Movimiento Católico,» vean nuestros lectores lo que este Periódico dice en su Número del día 26 de Diciembre:

«Pero adviertan nuestros lectores que mientras *El Siglo Futuro* nos llama mestizos y *El Correo Español* conservadores, *La Unión* nos moteja de silvelistas; lo cual quiere decir que no somos nada de eso, sino que somos lo que debemos ser, lo que quieren el Papa y los Obispos que seamos, y ninguna prueba más concluyente podemos dar de que estamos en lo firme, que ver cómo disgustamos á todos ellos.

«Y el caso es que ellos y nosotros tenemos la misma bandera: *Dios, patria y Rey*; sólo que uno dice: á Dios no se le defiende eficazmente sino dentro del integrismo; y el otro: á la patria no se la defiende eficazmente, sino con el organismo carlista; y el otro: no se acata ni se defiende eficazmente á la monarquía constituida, sino dentro del partido canovista..., y nosotros decimos: pues mientras todos ustedes, que son muy apreciables personas y tienen buenisimas intenciones, no se pongan de acuerdo en la manera de defender á Dios, á la patria y al Rey, no habrá unión posible entre los católicos, sino bajo la forma que nosotros representamos, la cual no es otra que la indicada por el mismo Romano Pontífice, y consiste en prescindir del espíritu y de los organismos de partido y de las cuestiones secundarias y encaminar los esfuerzos á la defensa de los grandes principios que todos por igual proclamamos.»

Contestando El «Movimiento Católico» á la «Unión Católica» que le echaba en cara la arrogancia revelada en los dos párrafos transcritos, en los cuales bien á las claras se significa que ni «El Siglo,» ni «La Unión,» ni «El Correo,» son *lo que quieren el Papa y los Obispos*, y que sólo «El Movimiento» puede defender á Dios, á la patria y al Rey bajo la forma indicada por el Romano Pontífice, añade este último diario en su Número del día 27 de Diciembre:

«Nace estequivocado juicio de no haber reparado en que la distinción entre el poder y las leyes desvanece los escrúpulos, disipa las dudas y esclarece la materia perfectamente y en términos que, por entero, quita la razón á radicales, legitimistas, integristas y partidarios de la *hipótesis* y de la política liberal conservadora. Ni la legislación liberal de Francia ni la legislación liberal de España constituyen el poder, que debe legislar como Dios manda, sin que haya esencial impedimento para ello. Los católicos, que aceptan el poder constituido, aspiran precisamente á infundir en el poder que aceptan, y en todos los organismos del Estado, la savia generosa y fecunda del Catolicismo.

Y ahora caemos en la cuenta de que los elogios que le han servido á *El Siglo Futuro* para hacer un argumento contra los Sres. Orti y Lara, Campión y Rivas, provenían de haberse imaginado algunos que la poderosa corriente que lleva á la aceptación del poder constituido de España iba á resolverse, al fin y al cabo, en una política por el estilo de la del Sr. Cánovas, en una especie de hipótesis más ó menos disimulada y encubierta. Pero ya ve el apreciable *Siglo Futuro* cómo, no bien hemos indicado en EL MOVIMIENTO CATÓLICO, que se pretende cosa más grande, cesan los elogios y comienzan las censuras. ¿Y quién negará que han de subir de punto las acusaciones, las recriminaciones y los ásperos ataques, cuando lo que hoy es idea tan sólo, se convierta, como se convertirá de seguro, en hecho, en institución importantísima á influyente en la política española?

Porque no le falta razón al digno periódico del Sr. Isern en lo de presumir que EL MOVIMIENTO CATÓLICO tiene política definida, ni en sospechar que esta política busca modo de concretarse en colectividad robusta y capaz de luchar alentadamente contra el liberalismo, por los medios legales y bajo la dirección de la Iglesia. ¿Ni qué motivo hay para maravillarse de que EL MOVIMIENTO CATÓLICO procure, en su modesta esfera, coadyuvar á la empresa nobilísima de unir los esfuerzos de todos los buenos con el fin de defender, como el Papa y los Obispos quieren, la Religión y la patria?

La Unión Católica y sus amigos pueden y deben coadyuvar también á tal empresa, digna de los altos propósitos que todos debemos tener en la vida pública. Lo preciso para ello es que los unionistas, haciéndose cargo de cuán inútilmente se intenta sacar á salvo los intereses religiosos por el camino de la política

liberal conservadora, resueltamente se lancen al otro camino, al de la valerosa determinación de romper esas ligaduras canovistas que les impiden formular ante los Gobiernos, con verdadera eficacia y sin asomos ningunos de timidez, las justas y prudentes reclamaciones de nuestros Congresos Católicos.

Hasta ahí llegamos, y con el mayor gusto, hasta dirigir estas sinceras y amistosas palabras á los hombres de *La Unión Católica*, sin excluir al Sr. Pidal, cuyos talentos y cuya elocuencia lucirían y brillarían más dentro del gran centro católico-español que debe formarse, y que se formará indudablemente, porque voces autorizadas y requerimientos de la realidad misma, muestran esta solución como única salvadora.—R.»

Con esas pretensiones exorbitantes con que EL MOVIMIENTO CATÓLICO sale á la palestra periodística, reforzado con el auxilio de los belicosos Sres. Campión, Orti y Lara y Ribas; ¿no podemos temer que van á renacer las antiguas luchas entre los elementos llamados á defender unidos, y bajo la inspiración de los Prelados, los intereses del Catolicismo?

E. LL.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA CUESTIÓN SOCIAL

Mi querido Conrado: Al fin siempre has de salirte con la tuya. Sea enhorabuena. Ya que tanto te empeñas, tratemos de la cuestión social, y no hablemos más de la falta de tiempo y de lo apremiante de mis ocupaciones. Me pongo á disposición tuya, y no me ponderes más la oportunidad de formar criterio exacto y seguro sobre la tremenda cuestión obrera, tan debatida en conversaciones, en discursos, en Periódicos, en folletos y hasta en libros. Ya sé que á todas las domina, y que toda persona medianamente ilustrada se ve frecuentemente puesta en contingencia de exponer su opinión acerca de ella. También estoy al tanto de la variedad de criterios que á su examen se aplican, y de la heterogénea multiplicidad de procedimientos que para su remedio y adecuada solución suelen preconizarse, con mejor intento las más veces, que con prudente acierto y recomendable justicia. De donde saco en consecuencia, la conveniencia altísima de orientarse entre las nebulosidades amontonadas por las disputas de las escuelas, por el Pugilato de los partidos, por el choque de encontrados intereses y por la explosión de hambrientas pasiones y de ignobles concupiscencias.

Ante todo, distingamos entre Socialismo y Anarquismo, que tú confundes en una unidad sustancial, aunque reconoces sus

diferencias accidentales. Ya sé que el Anarquismo no es más que la avanzada del Socialismo contemporáneo. Hasta te concedo que este último, siendo consecuente con sus principios fundamentales, termina lógicamente en el Anarquismo. Si la discusión nos lleva á ese terreno, me comprometo á demostrarte que un socialista proudhoniano, debe ser necesariamente anarquista. En una palabra, entiendo que la refutación más victoriosa que puede hacerse del moderno Socialismo, consiste en demostrar que conduce necesaria é irremediablemente á las barbaridades y salvajadas de los Ravachol, Pallás, Vaillant y compañeros. Y siendo ésta mi convicción íntima, aún insisto en separar, para una discusión aprovechable, el Socialismo y el Anarquismo, porque este último es indiscutible, y con él sólo deben entenderse los encargados de perseguir y castigar á los malhechores. El Anarquismo no forma escuela; es el crimen sistematizado; á los anarquistas no se les discute, se les caza, como á las fieras; se les aplasta, como á los viboreznos.

No sé qué ventajas podrías sacar de una discusión acerca del Anarquismo, por más que sea el tema obligado de la mayor parte de las conversaciones. De él se habla y se hablará por mucho tiempo, y mientras los Diarios vayan denunciando los atentados y los crímenes cometidos acá y acullá por los anarquistas, el público se ocupará y se preocupará en el Anarquismo, considerándolo como una calamidad pública pavorosa, á la cual es preciso buscar pronto y seguro remedio. Las noticias de continuados y destructores y sangrientos y homicidas planes de los anarquistas, tienen sobreexcitado el instinto de conservación aún en las personas menos nerviosas y asustadizas, y no es mucho que do quier se hable del Anarquismo y de los medios más apropiados para raerlo de la superficie de la tierra. Pero así y todo, resulta perfectamente inútil que hagamos del Anarquismo asunto de nuestra correspondencia, puesto caso que en último resultado hemos de limitarnos á execrarlo y maldecirlo, como lo maldicen y execran todas las personas bien nacidas; y tampoco es incumbencia nuestra, sino de los que empuñan las riendas del Gobierno, excogitar los procedimientos más conducentes á la extirpación de esa gangrena social á que voy refiriéndome.

Como la Revolución es hija del Liberalismo, así la anarquía es hija del Socialismo. Hablo del Liberalismo y del Socialismo filosóficos: no de ese liberalismo que se limita á la conquista y afianzamiento de las libertades políticas, ni de ese socialismo que se circunscribe á mejorar las condiciones del obrero, variando las actuales relaciones entre el capital y el trabajo, entre el obrero y el patrono, entre la producción y el consumo; sino del Liberalismo racionalista, que es el naturalismo aplicado á la gobernación de los pueblos, y del Socialismo enemigo de la propiedad particular, que es el igualatarismo aplicado á todas las

clases sociales. Ese Liberalismo y ese Socialismo tienen un mismo origen, han sido formulados por unos mismos corifeos, se fundan en unos mismos principios, y persiguen unos mismos fines.

Por esto la prensa católica, al comentar los conatos socialistas y los crímenes de los anarquistas, hace de ellos responsables en primer término á los partidarios del moderno Liberalismo, entendiendo lo que los anarquistas y socialistas no hacen sino sacar las consecuencias de las premisas sentadas por los liberales. Los mismos Ravachol, Pallás y Vaillant, son en concepto de los publicistas católicos, instrumentos fanatizados por los mantenedores de los principios de la Revolución francesa, y por la conducta desatentada seguida por los Gobiernos inspirados en aquellos principios. Los autores de la perturbación social que todos lamentamos, y los grandes culpables de los sangrientos sucesos que recientemente han conmovido á los espíritus más serenos, son, en sentir del periodismo católico, los que han combatido sin tregua ni descanso la idea de Dios y la noción de la vida de ultratumba, inculcando á las masas la convicción de que todos los hombres son naturalmente iguales, que todos son perfectamente libres, que todos tienen igual derecho á los goces de los bienes materiales, que el sufrimiento es el mal supremo porque no puede esperar recompensa en otra vida, y que el ideal de la existencia humana debe concretarse á sacar el mejor partido de las condiciones temporales que nos rodean. Y como al propalar esas doctrinas, los corifeos del moderno Liberalismo las han aplicado en las esferas gubernamentales, combatiendo la influencia religiosa, despojando á la Iglesia de sus bienes, persiguiendo al Clero y á los Institutos Religiosos, secularizando todas las manifestaciones de la vida pública, paganizando la enseñanza, y haciendo alarde de un naturalismo extraño á toda noción religiosa; claro es que las muchedumbres desheredadas y excluidas del festín de la vida presente, al entender que todo finaliza en ella, y que todos tenemos igual derecho á los bienes de la tierra, se han considerado víctimas de la injusticia social y han resuelto acabar con un orden de cosas que sólo á ellas perjudica. Si todos somos iguales, si no hay más vida que la presente, y si nadie puede poner trabas á la libertad humana; ¿por qué hemos de sufrir esa desigualdad que nos humilla y nos mortifica y nos convierte en los parias de la civilización moderna? Tal es el argüir de la clase proletaria imbuida en las máximas del moderno Liberalismo. Y la prensa católica consigna con rara unanimidad la lógica de estas reivindicaciones sociales, admitidos los principios hoy dominantes en los políticos que dirigen á las naciones liberalizadas.

Yo te aconsejo, querido Conrado, que no adoptes semejante procedimiento estratégico en tus impugnaciones contra el Socialismo y su derivado el Anarquismo. Convengo en que esa táctica

puede dar excelentes resultados, al combatir la política liberal hoy predominante en casi todos los Estados de Europa y América, porque como los más ilustres representantes de esa política aborrecen las aspiraciones del Socialismo y los horrores del Anarquismo, es contra ellos argumento valadero ese que consiste en demostrarles, que si de veras quieren acabar con el Socialismo y la Anarquía, deben abjurar el Liberalismo que profesan y aplican al régimen de los pueblos, siendo injusto y tiránico el rigor que despliegan contra aquellos que intentan dar realización práctica á las teorías liberales por ellos profesadas. Pero ese discurrir, viene indirectamente á justificar los proyectos de los perturbadores sistemáticos del orden social, puesto que se les concede que igual razón tienen ellos para atacar el orden de cosas existente, que la que tienen los gobernantes para defenderlo, y que las leyes que regulan la marcha moderna de los pueblos están basadas en los principios mismos que informan las teorías socialistas y atizan el furor devastador del anarquismo. No sé avenirme con ese argumentar que, para hacer odioso el Liberalismo imperante, tiene que disculpar al Anarquismo, sanguinario y homicida.

Te doy mi palabra de que no apelaré á ese procedimiento. En las tristes circunstancias que atravesamos, y cuando no hay día en que no se descubra algún nuevo proyecto destructor ó no se realice alguna nueva salvajada, es cuando menos imprudente, consignar en los Periódicos católicos la especie de que Ravachol no es más culpable que Dupuy; y que Pallás, no lo es tanto como Salmerón ó Zorrilla. Porque si esos liberales, que han ascendido á la cima del poder, viven rodeados de toda clase de consideraciones sociales, dignos son de igual fortuna y de iguales atenciones y respetos, los que profesando iguales principios se empeñan en llevarlos á la práctica, para borrar la única diferencia que existe entre unos y otros. Decir que esos políticos del día son Anarquistas afortunados, y que los autores del crimen del Liceo y todos los demás dinamiteros son simples liberales desheredados de la fortuna, es el medio más conducente para fomentar el Anarquismo y para despojarlo de esa nota de horror y de repulsión, que á todo hombre honrado inspira.

Aún con mayor energía me pronuncio contra esos publicistas católicos, que hablan de no sé qué socialismo justo y aceptable. He leído algún folleto titulado *Socialismo católico*. He leído que uno de los heridos por la bomba de Vaillant, era un sacerdote socialista. Con alguna frecuencia veo que los Periódicos hablan de un partido socialista-católico, existente en Bélgica y en Alemania. No hace muchos días que hubo de desmentirse la noticia de que el Papa Leon XIII, había recomendado el socialismo católico. No te dejes ilusionar por el relumbrón de esas frases, mi querido Conrado. Socialismo y Catolicismo son cosas incompati-

bles, como lo son Liberalismo y Catolicismo. Y así como durante algún tiempo se habló de un *Liberalismo católico*, sin que prosperara la especie, así también hoy se habla de un *Socialismo católico*, que no llegará á formar escuela. Son incompatibles el Liberalismo y el Catolicismo, porque aquél pone en el hombre el origen del poder y la fuente de la soberanía, y éste afirma que todo poder y toda autoridad son de origen divino; y de la misma manera son incompatibles el Socialismo y el Catolicismo, porque éste consagra el derecho de propiedad particular, y el Socialismo es adversario de esa propiedad privada. No hay liberal que no admita la soberanía popular, ni hay socialista que no niegue el derecho de propiedad particular; pero el Catolicismo rechaza el principio de la soberanía popular y reconoce el derecho de propiedad particular y colectiva.

He querido, Conrado amigo, prevenirte con estas observaciones, porque como me dijiste que no tienes acerca de la cuestión social otras nociones que las recogidas en la prensa periódica, me temo que te hayas formado un criterio poco seguro acerca de esa cuestión que es hoy la que más fuertemente palpita en las entrañas de la sociedad contemporánea.

Te repito que estoy á tu disposición para discutir la cuestión social, y que tendré un gusto particular en responderte, hasta donde mis luces lo permitan, á las dificultades de que tantas veces me has hablado, y en desvanecerte esas obscuridades que en algunos puntos experimentas.

Sabes que te quiere tu afmo. amigo y s. s. q. t. m. b.

E. LL.

CAVILILLA

Por los tiempos en que Pedro Antonio Alarcón se consideraba excedente de su ciudad natal, y llamado á recorrer el mundo con sus ilusiones de poeta, sus miras de político y sus ansias de renombre literario, principió á hacer paquetes de sus hojas impresas, para dedicarse á escribir en las hojas de su memoria los apuntes que iban á servirle en el desarrollo práctico de su numen.

Por entonces estudió á muchos de los personajes que después figuraron en sus novelas, entre los que, y sin que nosotros sepamos la causa, dejó inédito á Cavililla.

Cavililla era hijo de la tía Cavilla, viuda de un menestral que, para no morir de hambre ni pedir limosna, puso un tenducho de ropa vieja, donde se vendía pimentón y tenazas, alpargatas y velas de sebo. En el principio, falta de fondos, sacó á la venta sus propios guñapos y los del difunto, hasta que, realizadas al-

gunas sumas, pudo ya establecer un tejemaneje de compra-venta que elevó su comercio al rango de productos comestibles. Donde quiera que habia dos cuartos que ganar, ahí estaba la tía Cavilla, y sus instintos industriales llegaron al punto de que en breve tiempo se hiciese ropavejera, tendera y banquera, porque cambiaba plata por cobre y prestaba duros en el mercado. Si aún vive, debe ser á estas horas ultramarina.

Producto de tan singular mujer era Cavillilla.

Nuestro héroe, desde los catorce años, hacia de gracioso en comedias caseras, ayudaba á misa que era un primor y tocaba la guitarra con púa hasta el *delirium tremens*. Por cierto, esto de tocar la guitarra proporcionó á Pedro Alarcón las primeras delicias de su amistad con el rapazuelo.

—Mire usted, señorito—decía al poeta junto á la ventana del cuarto bajo, próximo á la prendería.—Verá usted lo fácil que es divertirse con las criaturas.

Y, preludiando con su guitarra un paso-doble, hacia que los transeúntes de la acera tomasen el compás como reclutas en instrucción. Pero de pronto variaba el ritmo, acelerando ó acortando la marcha, y las figuras aceleraban ó acortaban sus movimientos, tropezándose á veces consigo mismas.

—Desengáñese usted, D. Pedro,—añadía,—que las personas son como los monos, al son que les tocan bailan.

Estas y otras ingeniosidades de Cavillilla entusiasmaban á Pedro, el cual le aplaudió singularmente en el ejercicio de una industria que, para emular las de su madre, introdujo en Guadix, pueblo de nuestra historia.

El mozo reparó en que, criándose en la vega hermosos cañamos, los cordeles iban de Granada y se pagaban á buen precio. ¿Por qué no hacer cuerdas allí? E imitando á la tía Cavilla, que para comprar la ropa de los otros principió por vender las suyas, fuése á los cañamizares ajenos y de unas matas formó un hacedillo (que en esto de la selección no era muy escrupuloso), reuniendo materiales suficientes para su primer ensayo de cordelería.

Decir el trabajo que empleó en macerar, agramar, hilar y torcer el cáñamo, sin previa idea de ninguna de estas operaciones, equivaldría á una investigación minuciosa de cómo aprendió á tocar la guitarra sin maestro y cómo pronunciaba tan bien el latín sin haberlo aprendido.

Declaremos, con todo, que las cuerdas salían bastante feas; pero considerando que, en las poblaciones de Andalucía, las criadas usan y rompen mucho cordel con el acetre de sacar agua, y que, para tenderos de ropa, es preferible la cuerda de hilo á la sogá de esparto, Cavillilla principió á prosperar en su industria, gracias al corto precio y fortaleza de sus cordeles.

El, sin embargo, no quedaba gustoso de la manufactura, y

para proseguirla con mejor fruto, inventó una rueda de hilar y una máquina de torcer, que honrarian hoy á cualquier ingeniero. Lo que si no pudo conseguir para sus ramales y trallas, fué la igualdad y brillo de los que venían de fuera.

Hallábase en estas y otras imaginaciones, cuando un día le dijo Alarcón:

—Cavililla, ¿quisieras ver el mar?

El muchacho abrió desmesuradamente los ojos, exclamando:

—¿Usted se burla, señorito?

—No me burlo; la prueba es que yo mismo te lo enseñaré en Almuñécar, si quisieres ir conmigo de criado.

—Iría de perro.

—Pues bien, prepárate, que mañana salimos para allá.

Pero, ante todo, necesito advertirte una cosa.

—¿Cuál?

—Que tienes que hacer cuanto te diga.

—¿Hay que matar á alguno?

—No tanto; lo que hay es obedecerme *ciegamente*.

—Póngame usted la venda.

—Ya te la pondré á su tiempo.

Por ahora, que tu madre te arregle los trapos y en marcha.

Cavililla creyó volverse loco de placer.

¡¡El mar!! ¡¡el mar!! ¿Para qué quería D. Pedro que viera el mar? Nosotros responderemos al inocente:

D. Pedro quería que viese el mar para sorprender la emoción de una alma pura, al descubrir la planicie inmensa del Océano, para recrearse en la perplejidad, en el embeleso, en el delirio que ocasiona el mayor asombro de la Naturaleza, para oír con los ojos y por única vez, una poesía sin voz y sin palabras.

—¡Alégrate, Cavililla!—decíale Alarcón á media noche, en el carruaje que los llevaba á Almuñécar. Voy á hacerte feliz, pero has de obedecerme en todo.

Toma esta venda y este pañuelo; cuando vaya á amanecer, que será cerca de la población, te cubres la vista en términos que no te penetre ni la luz: después ya sabré yo lo que hago.

Ahora á dormir.

Cavililla temió que le fuera imposible obedecer la primera orden de su señor.

¡Dormir cuando caminaba hacia el mar, cuando iba á ver el mar! haría por conseguirlo, y como era muchacho se durmió, en efecto.

Alarcón fué quien tardó en dormirse, porque entre sus ilusiones y el mal camino, no hallaba forma de reposo.

Un bache terrible, de esos en que zozobran hasta las galeras, conmovió la tartana de nuestros caminantes, haciéndoles despertar.

—¿Me tapo ya, D. Pedro?—dijo Cavililla tomando el volquetazo por el alba.

—Cállate y duerme—contestó Alarcón.

Pero callarse y dormir, iba ya siendo difícil en tales circunstancias.

No habría pasado media hora, cuando el chico volvió á gritar:

—¡Ya huele, D. Pedro, ya huele!

Y olía.

El mar con las brumas del amanecer, enviaba esos perfumes de la costa que se presienten, aunque no se hayan aspirado nunca.

Pedro tapó los ojos del muchacho con la venda primero y con el pañuelo después, por no fiarse de la voluntaria ceguera de Cavililla.

Al echarle el último nudo, entraban en Almuñécar.

No quiso Alarcón detenerse en la fonda ni en parte alguna, así es que cogiendo del brazo al rapaz, tomó el camino de la playa, impaciente por producir la escena de asombro.

Durante la travesía, que no es corta, una infeliz mujer de las que desde muy temprano ponen su sensibilidad al servicio de los dolores ajenos, murmuró á media voz:

—¡Pobre criatura! ¡Tan niño y ciego!

Alarcón se sonrió, porque el niño ciego, que excitaba las frases compasivas de la mujer, era en aquel instante la más dichosa de las criaturas.

Llegados al punto desde donde se descubre mayor extensión de mar, Pedro, á guisa de fotógrafo que baja la cámara oscura y dirige su objetivo á la descubierta del mejor panorama, fué colocando el cuerpo de Cavililla hacia el espacio infinito, para que pudiera contemplar de un golpe la lontananza que se dobla con inconcebible curva, el oleaje que se agita con vertiginoso movimiento, las blancas espumas que regocijan los ojos, el rumor sublime que suspende el ánimo al estrellarse el agua contra las peñas.

—¡Ahora!—gritó Alarcón arrancando la venda al chico, y éste, á su vez, gritó casi instantáneamente:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales el poeta volvió la espalda al mar para fijarse en el rostro del espectador, cuyas íntimas emociones quería sorprender, cuyos delirios deseaba inquirir, pero advirtió que Cavililla no miraba lejos, sino cerca, muy cerca, á un esquife amarrado con fuertes cables á la orilla.

Entonces reventó el muchacho diciendo:

—¡Qué maromas, D. Pedro, qué maromas! ¡Esas sí que son cuerdas!

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

LA AGUJA DE ZURCIR.

Trátase de una aguja de zurcir, petulante y vanidosa, que desconocía el verdadero objeto para que había sido fabricada, y que creía que no debía ser empleada más que en labores finas ó bordados primorosos.

—Agarradme con cuidado, les decía á los dedos cuando se servían de ella.—¡Por Dios! no me trateis de cualquier modo. ¡Soy una aguja fina y delicada!

—Esa es tu opinión, ¿verdad? le contestaron los dedos apretándola con fuerza para que no se escapara.

Enhebrada la aguja y hecho el nudo en la extremidad del hilo, los dedos aplicaron su punta á una zapatilla.

—¿Qué es esto? se preguntaba la aguja. ¿A qué trabajo pensarán dedicarme? Como no me hagan pedazos!

Desgraciadamente así sucedió. La aguja atravesó la tela con facilidad; pero el hilo, que era un poco grueso, encontró serias dificultades. Los dedos forcejearon un rato, el hilo no pudo resistir, y al cortarse, rompió el ojo á la aguja.

—¡No lo decía yo! exclamó llorando la desgraciada.—¿Qué va á ser de mí?

—¡Esta aguja no sirve ya para coser, dijeron los dedos, y la arrojaron al suelo.

La criada de la casa, que por casualidad la vió, la recogió y le puso un poco de lacre, sujetándose con ella el pañuelo que llevaba cruzado al pecho.

—Héteme ya convertida en alfiler de pecho, se dijo con orgullo la aguja. Bien sabía yo que llegaría á conquistar distinguido honor. El verdadero mérito se abre paso tarde ó temprano.

Desde la altura en que se encontraba, se creía la aguja una aristocrática dama haciendo los honores de su casa en espléndido salón. Y dirigiéndose á un alfiler dorado que estaba junto á ella, en tono un tanto enfático le dijo:

—Seguramente no me equivoco al suponer que sois de oro. Cierto es que teneis la cabeza pequeña, pero tened en cuenta que no á todas les está permitido lucir cabeza de lacre.

Al decir esto, la orgullosa aguja lanzó un agudo grito, desprendiéndose del pañuelo; de lo que ella, en su ciega petulancia, creía poco menos que un regio sofá, fué á caer á los abismos del lavadero de los platos.

—Lindo viaje voy á hacer,—se dijo para sus adentros, creyendo que se paseaba por las aguas de un canal veneciano, cuando era arrastrada por las sucias aguas de un fregadero.—Supongo que no me perderé en el camino,—pensaba, sin imaginarse que estaba realmente perdida en las tinieblas de la alcantarilla.

Algo raro debía experimentar en aquellas profundidades, para pen-

sar con frecuencia que era demasiado delicada para vivir en aquel mundo desconocido para ella, donde observó que pasaba inadvertida, y sin que nadie fijara en ella su atención.

—Nadie se imagina aquí quién soy,—se decía.—Afortunadamente yo lo sé bien, y esto siempre es un consuelo.

Y gracias á su orgullo, la aguja conservaba su agudeza y presunción. Estropajos, astillas, pajuelas, fragmentos de periódicos é infinidad de cosas más flotaban junto á ella, en aquel tenebroso mar de inmundicia,

—Buen viaje llevan esos trastos,—dijo para sí la aguja, al verlos pasar.—Yo aquí me quedo clavada. Allá va una paja dando vueltas de un lado para otro y sin saber dónde se dirige. Cuidado, amiga; no piense V. tanto en sí, que va V. haciendo eses, y se va á destrozar contra alguna piedra... Aquí viene un pedazo de periódico viejo. Miren qué importancia se va dando, sin pensar que lo que en sí lleva escrito, cayó en el olvido hace mucho tiempo... ¡Vaya, que de aquí no me muevo! Aquí puedo estar tranquila, y aunque nadie me haga caso, porque nadie me conoce, yo sé quien soy y con eso me basta.

Un día bajó por el caño del sumidero un objeto brillante á quien la aguja tomó por una piedra preciosa, á pesar de no ser más que un pedazo de botella. Al verlo se dirigió á él, y con voz meliflua le dijo:

—Como aquí no hay nadie que esté á la altura de las circunstancias, ni pueda llenar entre nosotros la fórmula que en la buena sociedad se exige para que se puedan poner en comunicación las personas, me veo obligada á hacer mi propia presentación. Soy un distinguido alfiler de pecho, y supongo que V. será, como parece, un espléndido brillante.

—En efecto; brillo bastante en el mundo, señora,—le contestó el pedazo de botella, que se inclinó con la mayor finura ante la estropeada aguja; y ambos, creyendo que se hallaban en presencia de objetos de gran valor, y halagados con la importancia que recíprocamente creían proporcionarse con su trato respectivo, se pusieron á hablar del mundo de ellos conocido.

—Yo decía la aguja de zurcir—he vivido mucho tiempo en el lindo costurero de una gran señora, y después, no sé cómo, fui á caer en poder de una persona que tenía cinco dedos en cada mano: ¡pero qué dedos, Dios mío! En mi vida he visto nada tan estrafalario como aquellos dichosos dedos. Toda su diversión consistía en sacarme de mi retiro, donde yo me encontraba tan á gusto sin hacer nada, y hacerme atravesar de parte á parte cuantos trapos encontraba á mano.

—¿Esos dedos pertenecían á la aristocracia?—dijo el casco de botella.

—¡A la aristocracia! No por cierto; pero eran tan vanos y presuntuosos como si realmente corriera por sus venas la más pura sangre azul. Eran cinco hermanos, y aunque los cinco eran dedos de nacimiento, no había dos iguales. Al primero le llamaban el pulgar; figúrese V. de dónde le vendría el nombre. Era corto, grueso, no tenía más que

una articulación en la espalda y se pasaba la vida haciendo reverencias á los otros. Sin embargo, era tan presuntuoso, que le oí decir en más de una ocasión que si él se separaba de la mano del hombre, el hombre no podía ser soldado. Junto á él estaba uno que le gustaba mucho el dulce; le llamaban el goloso, y sentía constantemente un vivo afán por meterse en todo y probarlo todo. Estaba siempre señalando al sol y á la luna, y de él se servía la mano para hacer las letras cuando escribía con los dedos. A su lado estaba el hermano mayor; ocupaba una posición intermedia entre los demás dedos, pero su cabeza sobresalía por encima de todos ellos. Banda de oro, que le seguía, recibía este nombre de un anillo de oro que jamás se quitaba. Y, por último, el pequeño, que no se ocupaba en nada y que parecía estar de ello muy orgulloso. Los cinco vinieron al mundo siendo unos fanfarrones, y fanfarrones serán mientras vivan. Yo me felicito por haberlos perdido de vista.

—Si á V. le parece —dijo el casco de botella—descansaremos un rato.

En aquel momento un torrente de agua se precipitó por la alcantarilla y lo arrastró lejos de allí.

—Anda, anda, buen descanso te aguarda, — dijo para sí la aguja. Yo en cambio permaneceré aquí tranquila, porque soy demasiado fina para andar rodando por ahí.

Y sin moverse de aquel sitio y cegada por su desmedido orgullo, pensaba:

—Tengo la seguridad de que procedo de un rayo de sol; el corazón me lo está diciendo á cada paso. ¡Soy tan fina! Además, no hay sino ver el afán con que los rayos del sol me buscan en el fondo de las aguas, para comprender nuestro cercano parentesco. Pero en medio de estas tinieblas, si mi madre me encontrara, si yo tuviera aquel hermoso ojo que me saltaron hace tiempo, lloraría un poco. Pero ¿qué digo? ¿Llorar una persona distinguida?

Así transcurrió algún tiempo, hasta que un día dos pilluelos, de esos que andan descalzos por la calle, se pusieron á registrar la alcantarilla: ocupación nada agradable, pero que ellos efectuaban de vez en cuando, porque en más de una ocasión les había proporcionado botones, clavos, plumas estropeadas y algunas cosillas más, que para ellos tenían el valor de un verdadero tesoro.

—Bueno, bueno, aquí tenemos un camarada, —gritó uno de ellos al tropezar con la aguja.

—Yo no soy cámara de nadie —replicó la aguja con aspereza. —Yo soy una señora.

Pero nadie prestó atención á sus palabras. A la pobre se le había caído el lacre y se había quedado completamente calva. Además, á causa de la humedad, se había puesto negra; pero su orgullo le hizo creer que el color negro viste más, y se consideró aún más hermosa que antes.

—Aquí viene, navegando á toda máquina, un cascarón de huevo; embarquemos en él la aguja, —dijo uno de los muchachos.

—¡Magnífico—dijo la aguja al verse dentro.—Mi negra hermosura resaltará mejor en estos salones tapizados de blanco. Ahora sí que me van á ver bien. Por supuesto que ni me debo marear, ni habrá de ocurrirme ningún contratiempo.

Y así fué en efecto, ni se mareó ni le ocurrió nada en aquel largo viaje que estaba haciendo por alta mar.

—Para no marearse—se decía—no hay como tener un estómago de acero y no olvidarse de la propia importancia.

Tales eran los agudos pensamientos que llenaban por completo el reducido entendimiento de la aguja, mientras navegaba en la cáscara de huevo por medio del arroyo. De pronto, se les vino encima la enorme rueda de un carro.

—¡Gran Dios! ¿Qué va á pasar aquí?—exclamó la aguja, al sentir los crujidos del cascarón. ¡Yo me pongo malal! ¡A mí me va á dar algo! Estas fueron sus últimas palabras.

Aquella descomunal rueda cayó también sobre ella, y la aplastó para siempre, reduciéndola á la nada, en justo castigo de su excesivo orgullo y excesiva petulancia.

ANDERSEN.

LA FE

Yo soy amor, y del amor camino;
soy blanca nave del sagrado puerto;
por mí, postrado en el peñón desierto,
canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino
que cruza el mundo de pesares yerto;
soy árbol santo del eterno huerto,
rosa bendita del rosal divino.

Sin mí la pena se desgarrar y llora;
sin mí el dolor sus amarguras vierte;
sin mí el sepulcro con furor devora;

Aspirando mi luz el alma es fuerte;
la pena se hace amor; la noche aurora;
la tumba claridad; faro la muerte.

BERNARDO LOPEZ GARCÍA.

LA ESCUELA DE LA VIDA

Un día me dijo Juan
Con aire meditabundo:
Dime: ¿por qué en este mundo,
Unos vienen y otros van?
¿No fuera mejor quizás,
Una vez que ya han venido,
Quedarse, dando al olvido
Para siempre lo demás?
¡Vivir! ¡vivir! bella cosa;
¡Vivir gozando! mejor;
Siempre lejos del horror
De la muerte tenebrosa.—
¡Pobre Juan! ilusionado
Y hambriento de goce y gloria,
Vivía de su memoria,
Recordando lo pasado,
Pues de diversas maneras,
Pero siempre con placer,
Había visto nacer
Veinte y cuatro primaveras.
El amor le sonreía
Y la dicha le mimaba,
Y en su ilusión se forjaba
Que era la vida una orgía,
Donde el soñador doncel
Goza lejos de las penas,
Venturas á manos llenas
Y esperanzas á granel;
Y en que de placeres lleno
El hambre el tiempo sepulta
En la copa, do se oculta
Un mortífero veneno.
Y enseñado de tal suerte
Declamaba con descoco,
Que el hombre se vuelve loco
Cuando se entrega á la muerte.
Y terco, con necio afán
Decía que razón tienen,
Los que á la vida se vienen,
Pero no los que se van.
Inútil fué la elocuencia
Con que le fuí recordando
Lo que vienen enseñando
La razón y la experiencia.
Y que Dios por nuestra suerte
Con fuerza, peso y medida,
Cuando quiere, da la vida,

Y cuando quiere, la muerte.
Y si es cierto que el vivir
Es para todos un bien,
Es un consuelo también
Un día poder morir.
Que á veces tras el gozar
Suele venir el tormento,
Y si el goce es de un momento
En cambio es largo el penar.
Y si el vivir es delirio
Cuyo efecto es la tristura,
¿Por qué llamarle locura
Al huir de tal martirio?
Y si Dios nos da en la muerte
Un remedio soberano,
¿Por qué no besar la mano
Del que labra nuestra suerte?
Mas nada quiso saber
De cuanto le recordaba,
Porque él sabía, y bastaba,
Que la vida es el placer.
Y la idea sacudiendo
De que puede ser amarga,
El la quería muy larga,
Siempre gozando y riendo.
¡Pobre Juan! ya vendrán días
No tan dulces y halagüeños,
Que en vez de goces risueños,
Traerán melancolías!!!
Vendrán días de dolor.
De pesadumbre y de llanto,
En que las notas del canto
Tornarán gritos de horror.
Y si ve su porvenir
Mecerse en el sufrimiento,
¡Quién sabe si habrá un momento
En que Juan querrá morir?
Hoy aún bebe del sol
Los encendidos reflejos...
Ay! cuando vea á lo lejos
Extinguirse el arbol!!!.....
Pasaron días, después
Pasaron meses y años,
Y tras tristes desengaños
Vió la vida tal cual es.
Y vió que para vivir
Con tan roedor anhelo.

Es un bendito consuelo
Un día poder morir.
Entonces ya no tildaba
De loco al hombre que muere,
Sólo decía:— no quiere
Afrontar la suerte brava.—
Y más tarde llegó á ver
Que no es locura morir,
Antes es triste vivir
En continuo padecer.
Y á veces cuando la suerte
Le robaba la alegría,
Mirando al cielo, decía:
—Bendita seas, oh Muerte!....
Un día, solo, en su casa
Le encontré triste y sombrío,
Y al verle,—querido mío,—
Le dije—¿pues qué te pasa?
¿Cómo tan ineditabundo,
Devoras quizá un deseo?
Vamos, Juanito, á paseo,
Entre el bullicio del mundo.
Que tu pecho necesita
Mecerse dulce y sonriente,
En esa hermosa coriente,
Donde la vida palpita.
—Es verdad—contestó él,—
Mas sabe que á mi dolor
No hay calmante mejor
Que el ambiente del vergel—
Y me condujo al jardín,
Y entre cortado y prolijo,
—Es que olvidé ya—me dijo,—
Mi papel de figurín.
Mira, Manolo, verás;
Hablemos claro: la vida
Es una mar conmovida,
Martirio, muerte quizás.
Feliz el hombre, Manolo,
Que ha llegado á comprender
Cuán dichoso puede ser
Hallándose siempre solo.
Que es el mundo un gran salón

Y la vida es una danza,
Yes dichoso quien alcanza
Ocultarse en un rincón.
Como es dichoso el actor
Que del papel aburrido,
Logra reirse, metido
Detrás de algún bastidor.
Con que, Manolo, ya ves
De mi cambio las razones.
¿Y no guardas ilusiones
De lo que vendrá después?
—No: sólo pienso vivir
Para preparar mi alma
A que aguarde en santa calma
El día en que he de morir.
—Tan mal te encuentras viviendo?
—He perdido la alegría,
—Puede que vuelva otro día,
—Ah! Manolo, te comprendo.
Ya la vida es para mí
Una ilusión deshojada;
Ay! no me quedo con nada
De cuanto en el mundo ví.
Jamás hubiera soñado
De desdichas tal profundo:
Ay Dios! qué amargo es el mundo
Cuando uno lo ha probado!
Bah! Manolo, en conclusión,
Te digo que quien se aferra
A las cosas de la tierra,
Es loco de profesión.
—Y ahora—le dije—Juan,
Sin que te muestres esquivo,
Me dirás por qué motivo
Unos vienen y otros van?
Y cuáles la razón tienen
En esta mar conmovida,
Los que se van de la vida,
Ó los que á la vida vienen?—
Y él sonriendo gracioso,
Me dijo—quiero advertirte
Que hoy sólo puedo decirte
Que el que muere es muy dichoso.

R. O. E.

Igualada 23 de Diciembre de 1893.

EL ANGEL Y LOS PASTORES.

—Este niño inocente
que está en la cuna
va contando sus penas
una por una.

—¿Cuálés son estas
escuchando los cantos
de nuestras fiestas?

—Su boquita sonríe,
pero su frente
se contrae á la idea
de un mal que siente.
Cantad, pastores,
que cubrís las espinas
con vuestras flores.

Alejad hoy la pena
si os atormenta;
que está el gozo del Niño
de vuestra cuenta:
formad un coro
para alabar al Cielo
tan gran tesoro.

Si aquí lo habeis traído
dadle un cordero,
si no, don más humilde,
pero sincero;
porque en los dones
vuestro Dios mira siempre
los corazones.

—Angel nuestro, conviertes
nuestra alegría
en pesar el más hondo;
¿por qué este día
todo contento
no ha de ser para el Niño?
—Pues yo no miento.

Quizá teme el Infante
que este alborozo
se convierta en desvío....

—Es nuestro gozo
verle risueño
y la vida daremos....
—Tal es su sueño;

quiere veros sumisos
á su doctrina,
defendiendo por todo
su fe divina;
y ¡ay! ahora duda
que más tarde á sus voces
alguno acuda.

Lanzad, pues, de su mente
todo recelo,
y á seguirle... ¿no haríais
llenos de celo
su rumbo vario?
—¿Seguirle?... pero ¿á dónde?
—¡Hasta el Calvario!!

ALFREDO ELÍAS.

REVISTA DE LA QUINCENA

Funesta ha sido para los anarquistas la transcurrida quincena, á lo menos en la provincia de Barcelona. El gobernador civil Sr. Larroca ha desplegado una actividad extraordinaria en la persecución de los criminales que llenaron de luto á Barcelona, en la lúgubre noche del estreno del Liceo, y tan afortunado ha sido en sus investigaciones, que no sólo ha dado con los culpables que arrojaron las bombas, según de público se dice, sino también con sus cómplices y auxiliares, y aún con los cómplices que tuvo el infortunado Pallás. Son muchísimos los anarquistas detenidos y encarcelados, y sobre no pocos de ellos pesan cargos que en gran manera los comprometen. Y como sucede siempre en estos casos, puestas ya las Autoridades gubernativa y judicial en la pista de las maquinaciones y proyectos anárquicos de los enemigos de la sociedad, fácilmente vienen en conocimiento de los criminales y de sus medios de destrucción y de matanza, resultando de aquí que el anarquismo catalán se halla á estas horas verdaderamente quebrantado, por haber sido detenidos sus jefes más caracterizados y sus miembros más decididos, y por verse obligados á vivir á salto de mata los que todavía no han caído en poder de las Autoridades.

Es de esperar que renazca la confianza en esta ciudad, verdaderamente amilanada desde los sangrientos sucesos del Liceo. La batida que se está dando á los anarquistas los dejará imposibilitados, por mucho tiempo, para entregarse á la satisfacción brutal de sus sanguinarios y feroces instintos. Yo bien sé que la mayoría inmensa de anarquistas existentes en Barcelona y en las poblacio-

nes circunvecinas, no han sufrido coacción alguna por parte de los delegados de las Autoridades, y que los hasta ahora detenidos son una mínima parte de los compañeros que profesan ideas anárquicas y se hallan de hecho afiliados al Anarquismo. Pero sé también que entre los millares de anarquistas, que pueden contarse en esta Provincia, son muy pocos los que á tal grado de perversión moral han llegado, que sean capaces de reproducir los execrables atentados de la Granvia y del Liceo. El fanatismo del crimen carece de expansibilidad para electrizar á las masas: sólo se desarrolla en la soledad, en las sombras y en el silencio. Afortunadamente son pocos los hombres que quieran y puedan vivir en esas condiciones, repulsivas á la humana naturaleza, la cual busca y ama la luz, la sociedad y la comunicación. Además de que, la mayor parte de los anarquistas lo son únicamente de nombre, y en realidad son verdaderos socialistas, pues si bien como éstos aspiran á destruir el actual régimen social, y no renuncian á los medios violentos que á ello puedan llevarlos, jamás aprobarán ese ravacholismo que se complace en amontonar cadáveres de víctimas inocentes. La casi totalidad de los anarquistas son socialistas revolucionarios, no criminales juramentados. Despréndase de estos últimos la sociedad, y habrá desaparecido el anarquismo, aunque continúen muchos llamándose anarquistas, pues en el fondo no serán sino socialistas exaltados. Mientras el Socialismo tenga existencia legal, existirán anarquistas, y de entre éstos saldrán siempre algunos Ravacholes y Pallás, los cuales no llegarán á conmover los cimientos de la sociedad, pero harán derramar lágrimas y sangre.



La cuestión del Riff ha cambiado completamente de aspecto, y hoy por hoy éste es favorable á los intereses y al honor de la Nación española. Ha quedado perfectamente demostrado que el Sultán de Marruecos quiere vivir en paz con España. Empieza á regresar á la Península nuestro ejército expedicionario de Africa, y si bien no vuelve ceñido con los laureles de la victoria, es para todos evidente que esto se debe á que los enemigos no se han atrevido á medir con él sus armas. Desde que el general Martínez de Campos llegó á Melilla, los moros se hicieron invisibles á nuestras tropas y las autoridades marroquíes se allanaron á toda clase de acomodamientos para dejar satisfecha la dignidad española. No pudo el General en Jefe del ejército expedicionario romper las hostilidades, porque no encontró enemigos á quienes combatir, sino amigos de España que lamentaban las ocurrencias del 2, 27 y 28 de octubre, y prometían toda clase de desagrazos y de satisfacciones. Ya no tenía frente de sí á los riffños rebeldes, á quienes España debió castigar y escarmentar á su tiempo; sino que se en-

contró con los representantes del Imperio mogrebíta que no había ofendido á España, y que además condenaba la conducta de las kábilas, prometía castigarlas, y ofrecía atender las justas reclamaciones que España formulara por las agresiones rifeñas. Antes de la llegada al Riff de Muley-Araaf, estaba España en el derecho y en el deber de combatir á las kábilas, que faltando á los tratados, habían invadido nuestro territorio, acometido á nuestros soldados, arrastrado por el suelo nuestra bandera y detentado por mucho tiempo nuestra soberanía; pues el tratado de 1860 imponía al Sultán el deber de hacer respetar á las kábilas nuestros derechos soberanos en el campo de Melilla, y no haciéndolo el Sultán, debíamos nosotros realizarlo. Pero por culpa principalmente de nuestra mala administración militar, hubimos de sufrir las acometidas y atropellos de los rifeños; y cuando estuvimos preparados para hacer efectivo el cumplimiento del tratado del 60 y castigar á las kábilas, ya el Sultán se nos había anticipado, lamentándose de los hechos ocurridos, y ofreciéndose á cumplir y hacer cumplir los convenios internacionales, y á darnos toda clase de satisfacciones y de indemnizaciones por no haber podido impedir la infracción de los tratados existentes. No hubiera sido justo en estas circunstancias declarar la guerra al Sultán de Marruecos. Así lo comprendió perfectamente el general Martínez de Campos. Había pasado la oportunidad de encomendar á las armas el arreglo del conflicto rifeño. Cuando esto debió verificarse, el Gobierno prefirió los procedimientos diplomáticos. Al llegar á Melilla Martínez de Campos, la justicia exigía que se entablaran negociaciones con los que nos brindaban la paz y no nos habían agraviado y sentían no haber podido impedir los agravios que lamentábamos.

El general Martínez de Campos pidió y obtuvo de Muley-Araaf cuanto éste podía conceder en obsequio á la buena amistad que S. M. sheriffiana profesa á España. A estas horas sólo falta ultimar la cuestión de la zona neutral que debe limitar nuestras posesiones de Melilla, la de la indemnización que el Sultán debe pagarnos por los gastos ocasionados por las agresiones de Octubre y la de las garantías que el Imperio mogrebíta debe darnos, de que en lo sucesivo serán nuestros derechos respetados. Como se comprende, estos particulares no debía convenirlos España con el hermano del Sultán, sino con el Sultán mismo; y á este efecto, S. M. sheriffiana se ha trasladado á Marruecos, y S. M. Católica ha nombrado por su Embajador extraordinario y Ministro plenipotenciario al general Martínez de Campos. El Real decreto en que se confiere á Martínez de Campos la misión extraordinaria indica asaz claro la extensión de la misma: dicese en ella: «vengo en nombrarle mi embajador extraordinario y plenipotenciario cerca de S. M. sheriffiana, para que en misión especial pueda negociar el arreglo definitivo de las reclamaciones formuladas por España con motivo de los sucesos ocurridos en Melilla desde Oc-

tubre último.» Ya desde ahora la cuestión del Riff es cuestión internacional de Soberano á Soberano: á los riffiños se les ha obligado á destruir las trincheras que habían construido, se les ha obligado á pedir perdón al jefe de nuestro Ejército; se ha reducido á prisión á los jefes que acaudillaron á las kábilas agresoras; y en testimonio de que España ya no debe habérselas con ellos, se les permite volver á Melilla y negociar en el Campo, como antes de las hostilidades. Las reclamaciones españolas que atañían á las kábilas hostiles han sido puntualmente atendidas y satisfechas: las que dependen del Monarca mogrebíta, como son, la demarcación de la zona neutral, la indemnización de gastos y garantías para lo porvenir, aunque admitidas en principio, han de ser estipuladas entre Martínez de Campos y Muley-Assan; y á este efecto va nuestro Embajador extraordinario á Marruecos.

A primera vista, parece un contrasentido que mientras Martínez de Campos se dispone á trasladarse á Marruecos para negociar las reclamaciones españolas, empiece el embarque de nuestras tropas en Melilla y su regreso á la Península, viendo en este hecho todos nuestros Periódicos un síntoma de que la paz con Marruecos está asegurada. Nosotros tenemos más alto concepto de las condiciones diplomáticas de Martínez de Campos, para suponer que despidе de Melilla al primer Cuerpo de Ejército, como si su misión extraordinaria cerca del Sultán mogrebíta no pudiera tropezar con dificultad alguna, y fuera tan de pura formalidad que ni siquiera haya de ser apoyada y autorizada con la presencia de nuestro Ejército en África. No es eso ni mucho menos. Dado el caso que el Sultán no quisiera aceptar las proposiciones de España, y las armas debieran arreglar las dificultades no superadas por la diplomacia, el primer Cuerpo de Ejército que ahora se traslada á Málaga, Algeciras y demás puertos españoles próximos al Estrecho, no tendría que volver á Melilla, donde queda guarnición suficiente y aún tropas para operar en combinación con el cuerpo de ejército que se formaría en Ceuta, y acaso con el que se enviaría á Tánger. Y para pasar á estos dos puntos, dado caso que las negociaciones diplomáticas no surtan efecto, ha mandado Martínez de Campos el primer Cuerpo expedicionario al litoral español que mira frente á Marruecos. Lejos de alejarse nuestras tropas del probable campo de operaciones se aproximan al mismo, y sirven además de apoyo á las reclamaciones que el General en Jefe debe presentar al Sultán de Marruecos.

Desgraciadamente para Cataluña, quedan acordados y comprometidos los tratados comerciales entre España y las demás Naciones europeas. Están en vigor desde primero de año. Verdad

es que las Cámaras deben discutirlos y sancionarlos, pero esto en España significa muy poco: las Cámaras españolas nunca, ni en cuestiones económicas, votan contra el Gobierno. Si el partido fusionista es poder por algún tiempo y llega á convocar las Cortes, el arreglo comercial hecho por el libre-cambista Sr. Moret será sancionado, y aún sospechamos que el partido conservador se negaría á encargarse del Gobierno de la Nación, dado que le fuera ofrecido, antes de que los tratados convenidos queden definitivamente concordados. Los conservadores se han manifestado contrarios á los tratados hechos por el Sr. Moret; y como han sido admitidos por las Naciones interesadas, y en algunas de ellas las Cámaras legislativas los han ya sancionado, no querrían aquéllos cargar con la responsabilidad de hacer rechazar esos convenios comerciales casi del todo ultimados. Deben, pues, Cataluña y demás provincias industriales resignarse á los nuevos tratados. No podían esperar otra cosa de un libre-cambista tan empedernido como nuestro interino Ministro de Estado. Precisamente para que concordara tratados comerciales menos favorables á la industria catalana y vizcaína, en provecho de ciertas producciones agrícolas, y de ciertas exigencias extranjeras, ha sido sostenido el Sr. Moret por Sagasta y Gamazo en el Ministerio de Estado que sólo interinamente desempeña. Y la mejor prueba de que los tratados convenidos favorecen más al extranjero que á España, la hemos hallado en la rapidez con que las Cámaras alemana, austriaca é italiana han discutido y aprobado sus respectivos convenios comerciales. Los han encontrado magníficos y sumamente favorables á sus intereses.

*
* *

El Sr. Arzobispo de Granada, cerciorado de que el Catedrático de aquel Instituto provincial, Dr. Arenas, vertía en la cátedra especies contrarias al Dogma y á la moral cristiana, y de que los libros de texto adoptados por dicho Catedrático, eran heterodoxos en algunos de sus puntos, cumpliendo con un deber sagrado de su Ministerio, expresamente reconocido en el Concordato vigente, ha prohibido la lectura de los libros de texto del Sr. Arenas, y la asistencia de los alumnos á la clase de ese Profesor acatólico. Además, el Sr. Arzobispo ha dirigido al Ministro de Fomento una denuncia formal contra el susodicho Catedrático, pidiendo la remoción del mismo, en cumplimiento de la Constitución del Estado y de la vigente ley de Instrucción pública. También los Padres de familia, cuyos hijos asisten á la cátedra de D. Anselmo Arenas, han elevado una razonada Exposición al Sr. Ministro de Fomento, pidiendo la remoción del impío Catedrático de sus hijos, apoyando su reclamación en la Constitución del Estado, en la ley

vigente de Instrucción pública, en los derechos naturales de la paternidad y hasta en la misma *tolerancia religiosa* consignada en el art. XI de la Constitución española. No ha resuelto todavía esta cuestión el Ministro de Estado, y hasta tememos que no se atreva á poner mano en ella, para no faltar á su significación y antecedentes, si la resuelve en sentido católico y jurídico, ó á la Constitución del Estado, si condesciende con las intemperancias libre pensadoras del Sr. Arenas.

Tiene para los barceloneses especial interés esta cuestión, porque también en esta Universidad se dan Catedráticos que abusan de su posición oficial, inculcando á los alumnos máximas anticristianas, y ofendiendo á la Religión Católica, que es la oficial del Estado. Afortunadamente, uno de esos Catedráticos libre-pensadores, y del cual ya antes de ahora hemos hablado en nuestra Revista, el Sr. Sanz Benito, ha dejado de pertenecer al Claustro de esta Universidad, donde sólo tenía tres alumnos matriculados en su asignatura. Cansado del papel desairado que aquí representaba y del poco ó ningún caso que de él hacían los jóvenes escolares, ha permutado su Cátedra y se ha ido con la música á otra parte. Pero como quedan aquí algunos Catedráticos tan incrédulos como los Señores Arenas y Sanz Benito, tendremos á nuestros lectores al corriente de lo que resulte de las gestiones hechas en Granada para la renovación del Sr. Arenas.

*
* *

La falta de espacio no nos permite insertar la parte de esta revista quincenal referente al extranjero; bien que tampoco ha ocurrido en los últimos quince días cosa de mayor momento.

*
* *

No habrá contribuído poco á la tranquilidad que reina en las esferas internacionales, la circunstancia de haber ocurrido crisis ó cambios ministeriales en la mayor parte de las cancillerías europeas. En Austria, en Italia, en Francia y en Portugal ha habido cambio de Ministerios; en Alemania y en España se ha podido aplazar la crisis, pero no afianzar la situación política; y todos los Estados parecen concentrados en su interior, atentos á dominar las dificultades del presente y á conjurar los peligros del porvenir; de aquí, la indiferencia con que la diplomacia europea sigue ahora el curso de los acontecimientos de Melilla, y los movimientos de las escuadras francesa y rusa, siendo así que éstos y aquéllos preocupaban hasta tal extremo la opinión pública, que no parecía sino que debían producir complicaciones internacionales de carácter belicoso. Acaso la subida al poder de Mr. Crispi, gran partidario de la guerra europea, haya obligado á adoptar temperamentos de prudencia las Naciones que deben hallarse frente á frente en los campos de batalla.

E. LL.